

Manuel nos dio el nombre de aquel hermano de nuestro planeta, no recuerdo cual, quizá dijo Venus, Mercurio o Marte. Aquel ambiente cósmico nos integró a nuestro origen: Tierra, tierra pensante, nano átomos del universo. En aquella cadencia estábamos, cuando Mateo nos sugirió: "Si quieren conservar sus zapatos, pónganselos como almohadas, porque por su olor, los coyotes en la noche se los puede robar", Dentro de mí, pensé, "está loco". A las pocas horas de nuestro sueño, por todo nuestro alrededor, como un tiovivo se oía el aulladero de los coyotes. Al amanecer, como buenos expedicionarios, todos nos calzamos los zapatos. Mateo contestó las preguntas de lo sucedido. "No eran muchos, quizá, fueron unos dos los que estuvieron dando vueltas a nuestro alrededor, y no se atrevieron a quitarnos las almohadas". Después del desayuno, Manuel sugirió dividir el grupo en dos. Yo me fui con Mateo, y las anécdotas empezaron a brotar: "Por esta vereda por donde vamos, un día me salió una víbora de cascabel, muy panzona, se movía despacito, y yo intrigado, le saqué de la panza, siete tortuguitas de tierra que acababa de comer. Las codornices volaron. En esto Mateo me pregunta: "Doc, a qué le saben estas hojitas", "A orégano", respondí. Mi pantalón se abombachó de hojitas que por el rumbo fui pepenando. Seguimos de subida, el viento ligero empujaba nuestro andar, los mezquites, los palo fierros y los palos verdes aumentaron de tamaño y por allá en lo alto, Mateo se detiene, se acuclilla, observa, y quedo me dice: "Mire doc, allá están ochenta mil dólares". "Está loco de remate", dije para mis adentros. "Mire", y miré con su mira lejos y nada miré. "Mire con calma", y echando calma empecé a ver que algo se movía y allá en un recodo

de la cuesta, echado estaba un borrego cimarrón y mi visión se fue abriendo, era uno, dos, tres, en total eran ocho. "Cada permiso en la temporada de caza cuesta diez mil dólares, por cada uno". Esto me hizo recordar mi tiempo de nobel estudiante de medicina cuando el Maestro Gallardo me pidió que escuchara los ruidos intestinales de una persona enferma. "No oigo nada". "Concéntrese, escuche con atención", y mis oídos se abrieron. Esta relación sensitiva se la comenté a Mateo. "Un día," continuó nuestro guía, "pasó por la oficina un gringo pidiendo permiso y que un guía lo acompañara a conocer la isla, y yo vine como su guía. Él era un piloto aviador, que en ruta pasaba volando por encima de la isla, y que por eso quería conocerla, y empezamos a subir el cerro, me dije a mi mismo, este gringo no va a aguantar, y el que no aguantaba era yo, y allá en la cumbre se nos hizo tarde y en un planito que encontramos nos acomodamos para pasar la noche, en eso veo que viene una cascabel directo a donde estábamos, me espanté, el gringo con la mano me calmó y con el dedo en sus labios me indicó que no hablara, y a señas me dijo que se iba a meter en el agujero, que estaba a nuestras espaldas, pasó junto a nosotros y se metió en el agujero". El viento pegaba frío. En otra ocasión... Mateo siguió con sus vivencias, "me tocó enterrar los huesos de un joven alemán que pidió permiso para venir a aquí, pero quiso venir solo, pasaron los días y no regresaba, venimos a buscarlo, y tardamos tiempo y lo encontramos muertito. En un cuaderno que



encontramos en su mochila, fue escribiendo lo que le fue pasando, lo mordió una cascabel. Estaba perdido, desorientado. Se le acabo el agua, tenía sed... los coyotes... La Secretaría buscó a sus padres. Vinieron desde Alemania y decidieron enterrarlo en Bahía de Kino, lugar que él eligió. El tiempo se hace un instante. Extasiado, me subí a la caja de

aquel crónico, pero fiel tosijoso, Willis y cruzamos el Infiernillo. Y habiendo hecha mía a la Isla del Tiburón (el Título lo conservo dentro de mí), llegué a casa en un sueño, con olor a orégano. Sueño del que no deseo despertar.

*** Médico retirado. Ex rector de la Universidad Kino.**
@Joret_@yahoo.com.mx